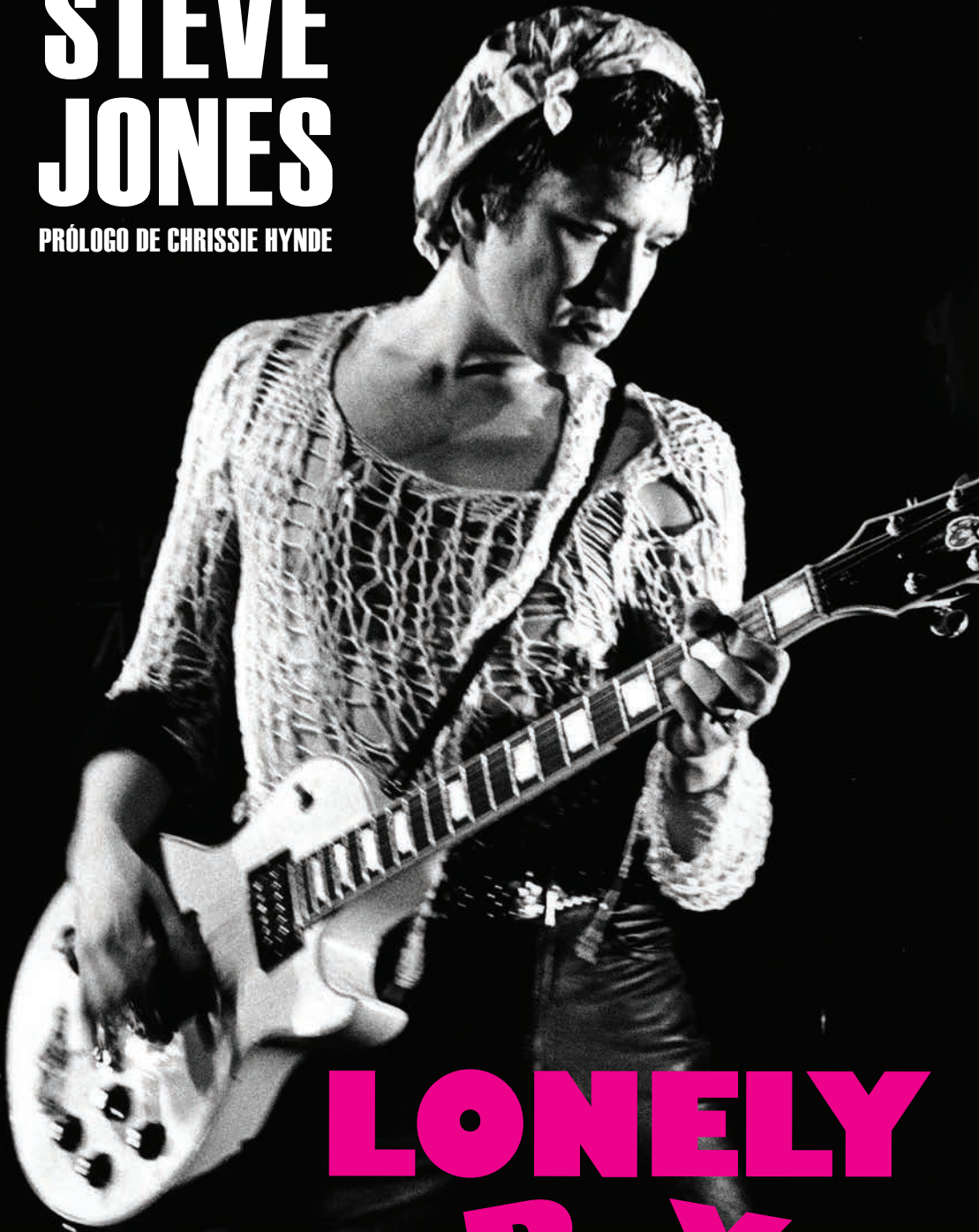


STEVE JONES

PRÓLOGO DE CHRISSIE HYNDE



LONELY BOY

LIBROS CÚPULA

HISTORIAS DE UN SEX PISTOL

LONELY BOY

HISTORIAS DE UN SEX PISTOL

STEVE JONES
CON BEN THOMPSON

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en 2016 por William Heinemann, un sello de Penguin Random House, con el título *Lonely Boy: Tales from a Sex Pistol*

© A Thousand Miles Long, Inc., 2016

© del prólogo: Chrissie Hynde, 2016

Steve Jones ha afirmado ser el autor de esta obra, de acuerdo con la Ley 1988 de Copyright, Diseños y Patentes.

Primera edición en esta presentación: junio de 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S.A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2969-2

Depósito legal: B. 5.671-2022

Impresor: Gómez Aparicio

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo	9
Primera parte: Antes	11
1. El pillastre	13
2. Adicto a la nicotina	17
3. El sitio apestaba a caucho	21
4. El pederasta del túnel	29
5. El baile de los skinheads	37
6. Steve Jones y su Capa de invisibilidad	45
7. La máquina de plata	53
8. Confiamos en Rod	63
9. El tío del punzón	71
10. La cueva del mueble	79
Segunda parte: Durante	87
11. Hágase el rock	89
12. El fantasma del Odeon	97
13. «Scarface, Caracortada, cara cortada de oreja a oreja.»	105
14. Kutie Jones y sus Sex Pistols	113
15. El chico miró a Johnny	119
16. El príncipe de Denmark Street	127
17. Las cintas de Spunk	135
18. ¿Qué fue de Bill Grundy?	145
19. Vicious / You hit me with a flower	155
20. Basta de gilipolleces...	163
Tercera parte: Después	175
21. Los niños del Brasil	177
22. Siouxsie, por cierto	185
23. «Yo me meé en la tumba de Elvis.»	193

24. Tu hogar está donde están tus fotos de Heart	201
25. Desintoxicación en Tarzana	209
26. Iggy, Dylan y el gran O	217
27. El licántropo del Sunset	225
28. Terapia de grupo	231
29. Insomnes hasta Hammersmith	239
30. Los chicos siguen en la brecha	249
Apéndice: Cosas que no son rock and roll	261
Agradecimientos	263
Índice onomástico	265

I

EL PILLASTRE

Uno de los recuerdos más vívidos que tengo de crecer en el oeste de Londres en los años sesenta son las verjas de hierro corrugado; eso, y el paso de algún viejo Ford Anglia que otro. Había obras y cascotes por todas partes: era como si todo aquello se estuviera viniendo abajo. Y el hierro corrugado era un auténtico fastidio (una puta mierda, quiero decir) a la hora de encastrarse a él. Tenía una altura de dos metros y medio y estaba tan afilado que te cortabas las manos al auparte. Se diría que los constructores trataban de impedir que entrara a hacerles el puente a sus excavadoras para destrozarles las casetas mientras perfeccionaba mis habilidades como conductor... Carbrones desconsiderados.

En las malas calles de Shepherd's Bush no se veía a muchas estrellas del cine en aquellos días, aunque los estudios de televisión de la BBC estaban a la vuelta de la esquina. De modo que el día en que vi pasar a Jack Wild —el chico que interpretaba al Pillastre en *Oliver!*— al cabo de mi calle, un día de finales de los sesenta, me llamó la atención, desde luego. Por entonces yo mismo era ya un poco pillastre; todavía no me había animado a robar ninguna cartera, pero sí que encontraba un nuevo hogar para alguna bici robada que otra, o para algún tren eléctrico aún sin estrenar. Pero no me fijé en Jack como modelo criminal a seguir. Lo que me importaba es que era famoso. Me habría emocionado igual si se hubiera tratado de Elsie Tanner, de la serie *Coronation Street*.

Algunos chavales y yo le reconocimos y empezamos a seguirle. Imagino que eso, en sí, no tiene nada de raro, es la reacción habitual de cualquier chico de trece años cuando reconoce a alguien de la tele o del cine y trata de acercársele lo más posible, con la esperanza de que se le pegue algo de la magia. Pero yo siempre tenía que ir un poco más lejos. Uno a uno todos mis compañeros se fueron quedando atrás, pero yo seguí tras él, como si fuera una especie de Peter Pan. Ahora mismo no sabría decir por qué. Supongo

que sentía una atracción más intensa que los demás hacia la calidad particular que le daba el estrellato.

Jack Wild era un par de años mayor que yo, pero no mucho más grande. Su aspecto no tenía nada de particular; no llevaba el sombrero de copa ni nada. Es solo que cuando eres uno de esos chavales que se siente atrapado, y quizá un poco solo, ves a alguien que tiene la vida resuelta y piensas que si puedes acercarte lo bastante a lo mejor todo va bien y el dolor desaparece.

No sé qué pensaría de mi persecución. Supongo que se asustaría un poco, sobre todo con todas aquellas verjas de hierro a lado y lado de la calle, por las que nunca podría haber escapado. Por aquel entonces mis colegas y yo formábamos parte de la primera oleada de skinheads; escuchábamos discos de la Motown, ska y bluebeat, y nos encantaba la música de gente como Prince Buster, a quien habíamos conocido a través de los caribeños que vivían entre nosotros. De modo que si Jack hubiera vuelto la cabeza —con aparente despreocupación— para tratar de echarme un vistazo, me habría visto ir tras él a toda prisa, con aquellas Dr. Martens granates de suela translúcida. Era mi primer par y les sacaba brillo sin parar. Es probable que llevara también unos bonitos pantalones Sta-Prest o de cuadros príncipe de Gales, y una de aquellas camisas Ben Sherman tan planchaditas que iba a afanar a una tienda de Richmond llamada Ivy League.

Supongo que se sentiría aliviado cuando al final me di por vencido, casi dos kilómetros después. En años posteriores crucé un montón de líneas rojas para acercarme a quienes creía que podían apañarme las cosas, pero por entonces aún no había empezado a beber y todavía me ponía algunos límites. Jack Wild se trasladó a Hollywood poco después, pero me parece que su historia no acabó demasiado bien. Parece que muchas de aquellas estrellas infantiles tuvieron vidas trágicas, ¿no es así? La fama los jode a una edad muy temprana, pero cuando uno está ocupado envidiando a los demás nunca piensa en que quizá tengan sus propios problemas.

De crío solía fantasear con tener otros padres. Veía a gente en el cine o en la tele y pensaba: «¿Por qué no estaré yo en esa familia?». Una de ellas era Diana Dors, una especie de versión inglesa de Marilyn Monroe. Me pasaba media vida pensando en lo bien que me iría todo si fuera su hijo: «Por favor, quiero estar con Diana y no con estos padres que tengo». Lo más gracioso es que por entonces ni siquiera se trataba de algo sexual, creo; era solo

que no me gustaba mi vida de mierda y me aferraba a cualquier cosa que pudiera sacarme de allí.

Tampoco es que mi infancia fuera la peor del mundo. Se cuentan historias terribles de las barbaridades que han sufrido algunos críos, y no quisiera dar la impresión de que me pongo a ese nivel. Lo que sí tengo claro es que muchas de las cosas que me pasaron de chaval me han dejado jodido hasta hoy. Por supuesto, cada cerebro tiene su propia química, y hay quien se enfrenta a situaciones mucho peores y sale adelante, mientras que otros, por más fácil que lo hayan tenido, se consideran terriblemente maltratados. Todo lo que puedo decir se limita a mi propia experiencia, y mi memoria es tan errática que ni siquiera estoy seguro de algunas cosas.

No tengo ni la más remota idea de lo que saldrá de mi historia una vez pasada al papel. No tengo ninguna idea preconcebida, más allá de un par de cosas que me gustaría dejar claras, y quizá la esperanza de encontrarle algo más de sentido al encaje de las distintas etapas de mi vida. Lo que sí tengo claro es que no voy a salir de esto oliendo a agua de rosas.

¿Recuerdas aquella escena de *La naranja mecánica* en que fuerzan al protagonista a mantener los ojos abiertos para hacerle sentir como una mierda cada vez que recuerde lo cabrón y asqueroso que ha sido? Más o menos así me voy a sentir yo escribiendo este libro. Es evidente que nadie me obliga a hacerlo, y también hubo momentos buenos, pero ahora que ya no puedo seguir con mis viejas animaladas, a veces me enferma pensar en las que llegué a hacer.

Aunque ya ha pasado más de media vida desde la primera vez que dejé el alcohol y las drogas, aún me despierto con sudores fríos pensando en cosas que he hecho y de las que no me siento orgulloso. Pero si empezara a fustigarme por cada crimen contra la humanidad que he cometido, este libro pronto sería muy aburrido. Así que debo pedirte que me creas si te digo de entrada que últimamente trato de ser algo menos despreciable, y si alguien quiere juzgarme, que lo haga cuando termine el partido.

Lo que sí puedo prometer es que no tengo intención de pontificar sobre las bondades de la sobriedad entre mis congéneres. Me importa un carajo si el resto de la gente quiere emborracharse. Yo lo hice en su día y ahora te toca a ti caer redondo, si eso es lo que te apetece. Por supuesto, si alguien se siente identificado con mis experiencias y, por algún milagro, eso le ayuda a ser menos gilipollas de lo que yo fui, estupendo. Pero no quiero

ser el típico pelmazo del que dicen: «Oh, era un rockero, pero ahora va diciéndole a todo el mundo cómo ha de vivir». A la mierda los predicadores. Es lo último que quiero ser. Que acabara siguiendo los pasos de Jack Wild hasta Hollywood no significa que comprara un billete de ida al país de la piruleta.

Habrían de pasar unos pocos años desde que tropezara con el Pillastre hasta dar con mi propio Fagin, también conocido como Malcolm McLaren (quien, por cierto, adoraba todo aquel rollo dickensiano). Cuando sucedió, fue como si el bueno de Jack hubiera cedido el testigo, y no pasó mucho tiempo antes de que nuestra alegre banda de forajidos musicales empezara a robarles la cartera a las compañías discográficas como si nos fuera la vida en ello. Para cuando nos dimos cuenta de que nuestro particular gurú de ágiles dedos se lo había fundido todo en *The Great Rock 'n' Roll Swindle* —una película en la que contaba que todo aquello del punk había sido idea suya y que no éramos más que unos pringados que ni siquiera sabían tocar—, resultó que la broma se nos había vuelto en contra.

En cuanto a ese irritante mequetrefe huesudo que siempre está pidiendo más... bueno, será mejor que dejemos a Johnny Rotten al margen de esto por ahora. Él ya ha opinado unas cuantas veces. Suficientes, creo yo. Ahora me toca a mí. Porque por más cierto que sea que los Sex Pistols no hubieran existido sin John —ni sin Malcolm, ni Cookie, ni Glen, incluso sin Sid—, fue mi educación de mierda la que lo empezó todo. No estoy presumiendo. Es un hecho.